



APOLOGÍA DE LA IMPRENTA COMO INSTRUMENTO ÚTIL PARA
IMPULSAR LAS BUENAS CAUSAS *

Invocación al Ser Supremo

¡Oh Dios benéfico y terrible ¡Dios de la paz y de la guerra! Vos sois el árbitro soberano de los destinos. Vos solo sois justo y remunerador de las acciones humanas. ¿Qué recurso nos queda en vista de la obstinada ceguera de nuestros perseguidores? La nación americana, después de haber agotado todos sus arbitrios en el reclamo de sus derechos usurpados, hace hoy alarde de reconoceros y admiraros como único juez de su causa y vengador inmediato de sus agravios. Su suerte está en vuestras adorables manos. Vois sois el apoyo firme de sus lisonjeras esperanzas, que jamás ha perdido en medio de las más duras contradicciones. La memoria del tiempo que os habéis dignado mantenerla en una constante alternativa de glorias y abatimientos, excita su profunda veneración a vuestros incomprensibles juicios, por los cuales permitís, cuando os place, que el malvado se burle de la inocencia, que la justicia se vea hollada y la iniquidad levante su orgullosa cabeza hasta oprimir la garganta de la virtud y sofocar su lánguida voz. Pero llegando el tiempo prefijado en los consejos eternos de vuestra providencia, os levantáis, derribáis al malvado y hacéis desaparecer su iniquidad, como la blanca cera desaparece a presencia del fuego.

Estos sentimientos religiosos de que la América se halla penetrada en el profundo abismo de males que la cercan, la obligan a aguardar con la mayor confianza el día sereno en que un rayo de luz desprendido del fanal inmenso de vuestra sabiduría, destierre la ignorancia y alumbre los entendimientos errantes, para que unidos conspiren todos a un mismo fin.

Ella mira como un crepúsculo de este día suspirado, la libertad que nos concedéis de comunicar recíprocamente nuestros pensa-

* *Ilustrador Americano*, núm. 1, 27 de mayo de 1812.

mientos por medio de la imprenta, advirtiendo que cuando la malignidad de nuestros opresores había llegado a su colmo, llenándonos de improperios y calumnias atroces en sus libelos infamatorios; cuando el comercio con nuestros hermanos estaba enteramente cerrado y nuestros verdaderos sentimientos se quedaban ocultos en el corto recinto de nuestra ubicación, entonces nos presentáis el instrumento más importante para vindicar nuestros agravios con las armas de la razón, para manifestar a la faz del orbe la justicia de nuestra causa, y para echar los cimientos de una ciencia grande e interesante, de la ciencia de nuestros derechos, trascendental a todos los ramos de felicidad pública.

¡Sabiduría eterna! La nación americana, antes de pasar los umbrales de tu augusto santuario, divisando desde lejos tus castos altares, se postra en tu soberana presencia para pedirte los preciosos frutos de paz y de verdad, sazonados por la ilustración y convencimiento íntimo de los entendimientos, a cuya irresistible fuerza caen los disfraces de la locura y de la hipocrecía, y sus mentirosos colores no ofrecen los ridículos atractivos de la ambición, del orgullo, del capricho ni de la cruel venganza. ¡Ah!, que estos caracteres que apreciamos como un don inestimable de tu infinita munificencia, estén muy lejos de emplearse en la calumnia, en la intriga, en la chocarrería o sandez hijas de almas rateras. Que ellos sirvan de descorrer el velo a la verdad, oculta hasta ahora a los insensatos, y que presentándola con el aspecto encantador, inseparable de su divino carácter, reúna a los disidentes alrededor de su majestuoso trono para que, convenidos en unos mismos sentimientos, seamos todos de un solo corazón, de un solo labio y de una sola voz, de suerte que, conquistados los ánimos, las espadas se caigan de las manos por su propio peso.

¡Gran Dios! Llenos de la más firme confianza, nos atrevemos a depositar estos humildes votos en vuestras piadosas aras, satisfechos de que si nuestro débil y oscurecido entendimiento no acierta a pedirnos aquello que en los abismos de la eternidad tenéis decretado como más conducente a vuestra mayor honra y gloria, por lo menos jamás nos faltará la complacencia de vuestra decidida protección, y de que vuestras adorables disposiciones respecto de nosotros serán de una mano paternal siempre amorosa, ahora truene airada, ahora proteja benigna. Dr. *José María Cos.*